

La observación participante: ¿consiste en hablar con “informantes”?

Does participant observation consist of talking with “informants”?

RECIBIDO: 29.07.2015 // ACEPTADO: 02.02.2016

María Isabel Jociles Rubio

*Departamento de Antropología Social
Universidad Complutense de Madrid*

Resumen

En el artículo se reflexiona sobre las diferencias entre observar y conversar/interrogar durante el trabajo de campo, tareas que a menudo se confunden cuando se habla de observación participante. Se hace hincapié en las consecuencias que tiene confundir una actividad con la otra (en el objeto de estudio, en el papel que tiene el investigador, en la importancia de los escenarios, etc.) y en algunas de las razones que pueden explicar esta confusión. También se defiende que la mejor antropología social es aquella que se crea en torno al tándem Prácticas Sociales-Observación Participante.

Palabras clave: observación participante, interrogatorio, conversación

Abstract

This article reflects on the differences between observing and talking or asking questions during fieldwork, activities that are often conflated when researchers write about participant observation. I emphasize some reasons for this conflation, as well as describing its consequences for the object of study, the researcher's role, and the importance of research scenarios. I also argue that social anthropology works best when research is based on a combination of social practices and participant observation.

Keywords: participant observation, questions, conversation

Introducción

Los trabajos sobre metodología de la investigación cualitativa se han centrado sobre todo en llevar a cabo operaciones como: 1) marcar las diferencias (y, en menor medida, también las similitudes) entre la perspectiva cuantitativa y la cualitativa (ej.: Ruiz Olabuénaga 1989); 2) establecer criterios específicos para valorar la calidad tanto del diseño como del desarrollo y los resultados de la investigación cualitativa (ej.: Guba 1989, Lincoln y Guba 1985 o Mendizábal 2006); 3) definir los procedimientos para la aplicación de las técnicas “clásicas” de investigación cualitativa (entrevista, grupo de discusión y distintos instrumentos de análisis cualitativo); 4) definir los procedimientos (y la oportunidad) para la aplicación de técnicas “alternativas” de investigación cualitativa –etnografía virtual, técnicas proyectivas, auto-etnografía, el método de los recorridos comentados, etnografía rápida... (Hine 2004; Ardèvol, Estalella y Domínguez 2008; Ellis y Bochner 1996, 2003; Blanco 2012; Thibaud 2001; Penn Handwerker 2001; Ladner 2014).

En cuanto al penúltimo tipo de trabajo, es decir, en cuanto a la reflexión metodológica dirigida a definir los procedimientos de aplicación de las técnicas “clásicas” de investigación cualitativa, se ha desarrollado principalmente en lo que se refiere a la entrevista individual y al grupo de discusión (Blanchet 1989; Alonso 1994; Ibáñez 1977; Canales y Peinado 1994; Callejo 2001; Valles 2009). Sin embargo, con respecto a la observación o a la observación participante (OP a partir de ahora), si bien también hay trabajos interesantes, como los de Massonat 1989 o Spradley 1980, éstos son bastante escasos. Ello sorprende que ocurra, al menos, en Antropología Social, en donde la OP ha sido considerada la técnica estrella de la disciplina, lo cual se explica, desde mi punto de vista, porque las prácticas sociales son (y han sido) centrales para el desarrollo de la teoría antropológica. Así, las grandes obras socio-antropológicas clásicas (el estudio de la reciprocidad y la redistribución por Malinowski, de la brujería azande por Evans-Pritchard o de la “negligencia selectiva” en el cuidado de los bebés de Nancy Scheper-Hughes) han dependido del tándem Prácticas Sociales+Observación Participante.

La Antropología Social busca conocer los fenómenos socioculturales en su mismo proceso de producirse como tales (sea la medicalización del embarazo, la “didactización” de la educación para la ciudadanía, la construcción del “buen alumno” o de la desigualdad escolar o, para poner un último ejemplo, la “normalización” de la pertenencia a familias no convencionales), y ese “producirse” está conformado por prácticas de los agentes sociales concretos que están implicados en ellos.

Tratar de dar cuenta de las desigualdades escolares conforme se van produciendo, como he procurado hacer algunos años en el ámbito de la escuela primaria (Lahire 1993), es decir, estudiar las lógicas concretas de la socialización escolar y del proceso de fracaso escolar, implica elegir métodos adecuados. La herramienta más adaptada para este tipo de ambición científica es la observación directa de los comportamientos en las aulas (Lahire 2008:49).

El punto de partida de este artículo es una reflexión acerca de cuáles son las técnicas válidas para producir datos sobre las prácticas sociales (sobre un fenómeno social en su mismo proceso de “fabricarse”). Con relación a cuáles son las técnicas adecuadas para producir datos sobre los discursos, hace tiempo que diversos autores se han posicionado al respecto, entre ellos Luis Enrique Alonso, quien dice:

...las preguntas adecuadas (para la entrevista) son aquellas que se refieren a los comportamientos pasados, presentes o futuros, es decir, al orden de lo realizado o realizable, no sólo a lo que el informante piensa sobre el asunto que investigamos, sino a cómo se actúa o actuó en relación con dicho asunto. La entrevista abierta, por tanto, no se sitúa en el campo puro de la conducta –el orden del hacer–, ni en el lugar puro de lo lingüístico –el orden del decir– sino en un campo intermedio en el que encuentra su pleno rendimiento metodológico: algo así como el decir del hacer (Alonso 1994:227).

Dado esto, cabe preguntarse cuál es la técnica de investigación que “alcanza su pleno rendimiento” cuando se sitúa en el “orden del hacer”. Y para responder a esta pregunta, hemos elaborado el siguiente cuadro sinóptico que, a partir de autores como el mencionado Alonso (1994), Jociles (1999) y Callejo (2002), presenta una propuesta a este respecto comparando la observación participante (OP) con la entrevista y el grupo de discusión.

Tabla 1. La OP entre otras técnicas de investigación cualitativa

Grupo de discusión (¿foros de debate online?)	Entrevista etnográfica o abierta	Observación participante
ESPECIALMENTE VÁLIDO PARA ESTUDIAR el decir	ESPECIALMENTE VÁLIDA PARA ESTUDIAR el decir sobre el hacer	ESPECIALMENTE VÁLIDA PARA ESTUDIAR el hacer
-Permite reconstruir el proceso social implicado en la construcción del discurso hegemónico en un ámbito temático y social determinados. DISCURSO: se enfoca como expresión de la norma (o ideal) del grupo frente al fenómeno social estudiado (Callejo 2002).	-Permite ver cómo el sujeto da sentido a sus prácticas y a la de otros a partir de esos discursos hegemónicos (para adherirse a él / contradecirlo/matizarlo). -Permite acceder a aspectos privados e “íntimos” de la experiencia de las personas. DISCURSO: se enfoca como una confesión (Callejo 2002).	-Permite reconstruir las prácticas sociales desarrolladas por agentes específicos en los contextos (espaciales, temporales, sociales) en que éstas se generan y desarrollan; prácticas que conforman los procesos concretos de producción de los fenómenos socioculturales que se busca conocer. DISCURSO: se enfoca como un instrumento en la situación social inmediata (Callejo 2002), como un aspecto más de las prácticas sociales.

Fuente: Elaboración propia

La relevancia de esta cuestión se aprecia cuando se repara en que no siempre se usa la OP de una manera válida, es decir, de una manera que permita esa reconstrucción de las prácticas sociales en los contextos espacio-temporales en que tienen lugar y/o conocer los procesos concretos de producción de los fenómenos sociales estudiados. Uno de esos usos erróneos consiste en confundir la OP con interrogar a “informantes”.

¿OP = hablar con informantes?

Es frecuente confundir la observación participante con el interrogatorio a informantes, de modo que el participar de la OP se reduce a “charlar con”, con la única singularidad de que se hace “en el terrero”, “a pie de calle”, así como el observar de la OP se convierte en recopilar / registrar datos sobre lo que ocurre y/o se hace, pero a partir de lo que los “informantes” dicen sobre lo que ocurre y/o se hace. Veámoslo en la siguiente cita etnográfica, correspondiente a la OP realizada en

un parque público de Madrid (España) en el marco de una investigación etnográfica sobre las relaciones sociales que se establecen entre inmigrantes de un determinado país latinoamericano en el espacio de dicho parque (Jociles, Devillard, Martínez, Ortiz y Gómez-Ullate 2002):

[] He llegado cuando estaban montando las redes de voley. En torno a cada una había un grupo de 4 a 5 hombres; ¡no sabía cómo entrarles! Les evito y paso de largo buscando otra situación, pues no me decidía a hablar con ellos. Pero en una de las esquinas del parque veo a un hombrecito agachado, marcando las líneas del suelo con un palo y montando él solo la red: ¡ese es el hombre que buscaba! Me he acercado a él y me he presentado. Al principio el hombre estaba un poco confundido y distante, pero poco a poco se ha ido rompiendo la distancia y la desconfianza, y he conseguido entablar con él una conversación que ha durado más de una hora. Se llama Pedro, tiene unos 40- 50 años y lleva un año en España con su “señora”. Me ha presentado a las personas que iban llegando (varios hombres y solo dos mujeres) a las que yo saludaba respectivamente con un apretón de manos y un “Encantada” lo más respetuoso y amable que podía. [] Pedro me ha dado tanta información que mientras le escuchaba iba siendo consciente de la cantidad de datos que se me estaban escapando porque no podía asimilarlos todos. / Me ha confirmado que todas las personas que se reúnen allí son de Ecuador. Voy a tratar de ordenar esos temas que iban saliendo solos, de una manera natural, durante la conversación (creo que Pedro trataba de hacer una presentación de sí mismo como informante bien cualificado, y por eso ha tocado tantísimos temas dentro de un mismo discurso): - Deportes típicos de su país de origen: voley, fútbol y basket; - Características del voley que juegan aquí: equipos de tres hombres (uno al fondo del campo y dos adelante), apuestas (de 1000 o 2000 pesetas por partido), distribución de los campos de juego por cantones o provincias (P es de [una provincia]) y competiciones ocasionales entre distintas provincias; - Las distintas provincias de Ecuador y sus respectivas lenguas (castellano, quechua ...); - Sistema bilingüe de enseñanza en Ecuador(castellano y lengua materna); -[] Yo no quería que salieran estos temas en el primer encuentro, quería centrarme exclusivamente en el deporte y el tiempo libre, para ganarme su confianza poco a poco. Pero Pedro los ha ido sacando y enlazando con tanta naturalidad que me parecía violento interrumpirle y limitarnos a un tema más intrascendente. Hemos quedado para vernos y seguir conversando la próxima semana (la invitación para ello ha salido de Pedro, lo que me ha sorprendido gratamente). Antes de despedirme quería hablar con las dos mujeres que me había presentado antes porque me observaban con cierta desconfianza, y quería tranquilizarlas. Me he acercado a ellas y he tratado de iniciar una conversación hablándoles de mí y de por qué estaba aquí, pero ha sido imposible: estaban distantes y huidizas y no querían hablar conmigo (tal vez fueran celos, pero ya lo iré solucionando poco a poco). Finalmente me he despedido de Pedro y los demás, que estaban empezando un partido de voley, y me he marchado. [...]

Convertir la OP en un interrogatorio cambia radicalmente la naturaleza de la técnica de investigación, puesto que, como se aprecia en la anterior cita etnográfica, transforma:

- En primer lugar, **el rol del investigador/a**, es decir, troca su condición de “participante de algún modo” en (y de observador/a de) la vida de los sujetos sobre los que investiga por el de “inquisidor”, revirtiéndose así el camino que, según Stocking (1993:60), recorrió Malinowski con su trabajo de campo en las Islas Trobiand.

- En segundo lugar, **el papel que se le otorga a los sujetos** que protagonizan los acontecimientos / procesos socioculturales por los que el investigador/a se interesa, que pasan a ser tratados como “informantes” (como personas que le informan, que hacen las veces de fuentes de información) en lugar de ser considerados “agentes sociales” (personas cuyas prácticas contribuyen a construir y de-construir esos acontecimientos / procesos).
- En tercer lugar, **los datos que se producen / registran**, puesto que las prácticas que los agentes sociales realizan en los escenarios observados son sustituidas por las declaraciones de “los/as informantes” acerca de dichas prácticas (propias o ajenas) o, en general, sobre los acontecimientos / procesos que están constituidos por ellas.
- En cuarto lugar, **la importancia que**, para el trabajo de campo socio-antropológico (y, de esta manera, para la investigación etnográfica), **tienen los escenarios en que las prácticas sociales se desarrollan**, es decir, el rol de observador/a participante debe ejercerse necesariamente en estos escenarios (que son aquellos donde tienen lugar esas prácticas y, por tanto, donde pueden ser observadas), mientras que el trabajo de interrogatorio puede, en principio, realizarse fuera de ellos.

De hecho, cuando la OP se equipara, *de facto*, al interrogatorio, a veces adopta la forma de visita guiada o de mini-encuesta realizada sin rigor, como puede apreciarse en la siguiente cita etnográfica, correspondiente a la OP realizada en la estación de metro de Atocha de Madrid, zona habilitada para que pernocten los sin techo (Jociles, Devillard, Martínez, Ortiz y Gómez-Ullate 2002):

En el espacio habilitado hay aproximadamente 50 personas, que están sentadas en el suelo, encima de sus mantas y cartones, o se hallan preparando sus enseres para pernoctar. Los sin techo se colocan en grupitos de 3 ó 4 y muchos están solos. La mayoría son hombres y la edad aproximada entre 40 y 50 años. Hablamos con el trabajador social que acude a orientarles los lunes, miércoles y viernes, de 22 a 24 h. Nos dice que hay un alto porcentaje de alcohólicos y enfermos mentales, y algunos extranjeros y drogodependientes. Las pocas mujeres que aquí pernoctan suelen tener algún problema de drogadicción. Este año hay además dos familias desahuciadas, que vienen a dormir aquí después de salir de su trabajo y se hallan a la espera de conseguir alguna ayuda para una vivienda. El trabajador social tiene barba blanca y se confunde con la gente, parece uno más. Nos cuenta también que a lo largo de la noche acuden grupos, Solidarios para el desarrollo, etc., y les ofrecen café y bocadillos. / Se queja de que el Ayuntamiento no ha dispuesto camastros, ni colchonetas, ni siquiera mantas, y son los transeúntes los que tienen que venir cada día con sus cartones, si no quieren acostarse directamente en el suelo. Por la mañana, a las 7, han de desalojar la zona y no han de dejar en ella ningún enser. Dice que el lugar se halla vigilado durante toda la noche por dos guardias de seguridad. / Me sorprende el orden, la conversación relajada, el ambiente de sosiego y tranquilidad, muy diferente al que esperaba encontrarme. Charlo un poco con algunas personas, entre ellas con una mujer cuya familia ha sufrido un desahucio. [] Charlo también con tres hombres que habitualmente viven en la calle. Se quejan de que es difícil acceder a los albergues y que cuando acceden, sólo les permiten permanecer unos días y que “para eso, nos quedamos como estamos”. Todos afirman que no se está mal en Atocha, que “algo se descansa”. Hablo con una chica drogodependiente. Nos dice que no se meten con ella y que la tratan muy bien. La gente que aquí pernocta lo suele hacer todas las noches. Todos me responden con amabilidad cuando me dirijo a ellos, aunque hay algunos que no quieren hablar.

Las razones por las que los etnógrafos/as entienden y/o practican la observación participante como un interrogatorio son diversas. Entre ellas se encuentran las siguientes: en primer lugar, lo ven como un atajo a los datos sobre las prácticas socioculturales que quieren estudiar, pues se precisa invertir menos tiempo y menos esfuerzo en obtenerlos a través de las declaraciones de informantes. En segundo lugar, los “informantes” dan los datos ya seleccionados, sintetizados, comparados, interpretados..., y dichos etnógrafos/as consideran que éstos se mantienen por ello más fieles a “la realidad” que cuando esas operaciones las realiza el observador/a. En tercer lugar, los sujetos mismos sobre los que se investiga tienden a asociar el rol de investigador/a a la tarea de interrogar (encuestar, conversar, entrevistar...), no comprendiendo muchas veces en virtud de qué el etnógrafo/a tiene que estar presente en los escenarios donde acontece lo que aspira a conocer; de ahí que accedan más fácilmente a ser preguntados que a ser observados. Y, finalmente, numerosos autores (Taylor y Bogdan 1992; Bernard 1994; DeWalt y DeWalt 2002; Hammersley y Atkinson 1994; Kawulich 2006) que han escrito sobre metodología de la investigación etnográfica y, dentro de ella, de observación participante enfatizan el hacer preguntas como lo propio del etnógrafo/a. Ello se aprecia, por ejemplo, en quienes no sólo hablan de “informantes”, sino que atribuyen a éstos la función de ser “fuentes primarias de información”; así como en quienes, entre las tareas y las tácticas de campo que proponen al observador participante, conceden un lugar central a la formulación de “preguntas”, al punto de que apenas le sugieren alguna tarea o táctica más si no es “el aprendizaje del lenguaje”, “establecer y mantener el *rapport* con los informantes”, registrar “notas de campo” o, en el mejor de los casos, “estar en el lugar adecuado en el momento oportuno” (Taylor y Bogdan 1992:50-99).

No se trata, sin embargo, de negar aquí la importancia de la conversación (o incluso del preguntar) en el ejercicio de la OP¹. De hecho, la conversación es la forma más común, y por ello esperada, de establecer y mantener relaciones sociales con otras personas, de modo que el hecho de que un observador/a participante no conversara, poco o mucho, sería algo tan inusitado que, entre otras cosas, aumentaría la probabilidad de que su presencia en los escenarios donde observa alterara el curso “normal” de los acontecimientos, además de que constituye, por supuesto, un medio mediante el cual llega a conocer los significados que los sujetos otorgan a las prácticas propias y ajenas. De lo que se trata es de cuestionar que esa conversación (/preguntas) se destine a conocer “lo que los agentes sociales hacen”, esto es, que sea usada como una “atajo” para obtener datos sobre fenómenos sociales cuyo “proceso de producción” (Lahire 2008) puede ser “observado en su plena realidad” (Malinowski 1973). ¿Por qué?

¹ Es preciso recordar que la discusión que aquí se realiza tiene que ver con el uso del “interrogatorio” para conocer las prácticas socioculturales en su mismo proceso de producirse y, de este modo, reconstruir teórica y empíricamente los procesos de los que forman parte y las lógicas complejas que les dan sentido. Ello significa, entre otras cosas, que aquí no se discuten métodos como el de “los recorridos comentados” o el de la “etnografía rápida”, por ejemplo, que en principio se dirigen a otros cometidos, como es el caso, para el primero, de “d’analyser l’acte de traverser l’espace urbain tel qu’il est «en train de se faire» afin de recueillir «le point de vue du voyageur en marche»” (Thibaud 2001) y, para el segundo, de responder “la creciente demanda de informes etnográficos en el mundo de los negocios y del comercio así como en el mundo del diseño y desarrollo de nuevos productos y servicios”, situación en la que, como sigue afirmando Colobrants (2014), es preciso “hacer una etnografía rápida en muy poco tiempo y dar respuestas muy precisas y satisfactorias para el cliente”, lo que puede reportar resultados válidos “cuando los objetivos son funcionales y la demanda de información y conocimiento es concreta”.

Primero, porque los agentes sociales no tienen por qué ser “buenos conocedores o buenos expertos de sus propias prácticas”², puesto que:

...si bien son “los mejor situados para efectuar sus actividades (poseen generalmente el saber y el saber-hacer adecuados para realizarlas), no siempre son los mejor situados para decir lo que hacen, lo que son sus prácticas, los saberes que ponen en juego (Lahire 2008:58).

Y, segundo, porque los/as “informantes” presentan los datos ya procesados, ya filtrados por las categorías a través de las cuales los seleccionan, sintetizan, comparan e interpretan, lo cual puede ser interpretado no sólo del modo reseñado más arriba, sino también como una manera de añadir nuevos filtros a los ya usados por el investigador/a como marco categorial a través del cual recorta “la realidad”.

Ello entraña diferentes riesgos para los resultados de la investigación etnográfica. El primero consiste en que los datos terminen respondiendo a los focos de relevancia de los/as “informantes”, no del investigador/a. Con esto no se quiere decir que el etnógrafo/a no preste atención a esos focos de relevancia e, incluso, a los intereses de los agentes sociales que pudieran estar imbricados, cuya toma en consideración es fundamental para entender cómo actúan, por qué y desde que posición lo hacen. Ahora bien, atender a esos focos de relevancia no significa que el etnógrafo/a tenga que mirar a partir de ellos el fenómeno sociocultural que estudia, y esto se puede argumentar, más allá de una justificación epistemológica (Bachelar 1989; Mulkay y Gilbert 1982: 314)³, a través de dos cuestiones de carácter práctico. La primera es que, en tal caso, el trabajo del etnógrafo/a estaría de más, toda vez que los agentes sociales ya lo llevan a cabo y, por lo común, de forma más competente que él, es decir que si algo justifica, desde mi punto de vista, el trabajo de un etnógrafo/a (y yo diría que de cualquier investigador/a social) es, en lo que a este tema se refiere, la puesta de relieve de los “puntos ciegos” de esos focos de relevancia (lo que dejan fuera), las condiciones socioculturales en que se generan, las consecuencias que pudieran tener en la producción misma de la realidad y, por supuesto, la propuesta de perspectivas/conceptualizaciones diferentes para los que es de suponer que su formación como antropólogo/a lo ha preparado tanto a nivel teórico como metodológico. Mi experiencia como etnógrafa me ha llevado a constatar que esta justificación la comparten, si no todos/as, algunos/as de los participantes en nuestras investigaciones, precisamente aquellos/as que esperan de éstas algo más que una mera reproducción/legitimación de sus puntos de vista.

La segunda cuestión de carácter práctico radica en que los “informantes” no sólo tienen focos de relevancia (y, por lo común, también intereses) diferentes, sino a veces contradictorios entre sí: entonces, ¿a partir de cuál de ellos reconstruimos las prácticas de los agentes sociales, lo que éstos hacen o dejan de hacer, lo que es relevante de ellas y lo que no lo es –que es lo que estoy tratando? En suma, para comprender las prácticas de los agentes sociales es necesario conocer los focos de relevancia (y, con ellos, las significaciones, las interpretaciones y las concepciones) de los agentes sociales involucrados en su producción, pero ello no significa que

² Al menos para poder responder a los interrogantes que se plantea el etnógrafo sobre su objeto de estudio, en este caso, sobre los procesos de producción del fenómeno sociocultural que investigue.

³ En especial, sus reflexiones sobre la “dependencia interpretativa”.

tengan que ser el lugar desde el cual el etnógrafo/a las observa, esto es, desde el cual determina prestarles atención y las recorta conceptualmente⁴.

El segundo riesgo que se corre cuando las prácticas sociales se reconstruyen a través de interrogatorios a informantes es que los datos no tengan nada que ver con los que se infieren (o podrían inferirse) de la observación de las mismas (*decalage* prácticas / discurso sobre las prácticas), como sostiene la crítica que Freeman hizo a la investigación realizada por Mead sobre la adolescencia samoana, crítica que apunta a que aquéllos no revelaban lo que ocurría con las adolescentes samoanas, sino lo que los/as informantes querían que pensara al respecto.

Y el tercer riesgo estriba en que esos datos promuevan una representación homogeneizadora de los fenómenos socio-culturales estudiados, que no reconozca ni permita reconocer la diversidad que pudiera caracterizarlos debido a que, como afirma García (1991:114-115):

...el nativo cuando habla de su propia cultura hace exactamente lo mismo (que el etnógrafo): generaliza, argumenta, selecciona, combina, crea, en definitiva, una cierta realidad por medio de su discurso. Cuando los antropólogos tomamos como discurso referencial válido la información del nativo, y no la analizamos como conducta, estamos siendo cómplices de esa deformación de la realidad.

Con todo, a veces es obligado acceder a las prácticas a través de las entrevistas a –o conversaciones con– “informantes”, los documentos que se refieran a ellas u otras herramientas alternativas. Ello es así, principalmente, cuando la investigación depende de la observación de prácticas sociales que se desarrollan de manera simultánea en diferentes escenarios o cuando “los escenarios o las personas no son accesibles de otro modo”, como plantean Taylor y Bogdan (1992:105). Taylor y Bogdan identifican estas situaciones con aquellas en que se quiere estudiar acontecimientos del pasado “y el observador no puede retroceder en el tiempo” para observarlos o no se puede obtener el acceso a ellos por su carácter privado.(1992:104).

⁴ Los “datos” no son para mí otra cosa que un recorte conceptual (apegado a lo concreto de lo que acontece en el terreno, lo que Guba –1989– llama “material de adecuación referencial”) del flujo de sucesos y prácticas sociales que encontramos durante el trabajo de campo (un recorte conceptual que, en nuestros diarios de campo, adopta habitualmente la forma de una narración de los aspectos que son relevantes desde las preguntas teóricas con las que interrogamos ese flujo de sucesos y prácticas).Y, desde este punto de vista, no comparto el desdén de Ingold (2013) por los datos, probablemente porque tampoco comparto su visión de la etnografía ni de las relaciones (más bien exclusiones) que establece entre ésta, la antropología y la observación participante; un no compartir que ya he tenido la ocasión de argumentar, al menos, en dos ocasiones. Una de ellas en un artículo que versaba precisamente sobre la observación participante (Jociles 1999), y la otra hace casi dos décadas en una breve polémica (Jociles 1997) con ciertos planteamientos, que no todos, de Llobera (1990), quien –bastante antes que Ingold– propugna desligar la etnografía de la antropología por cuanto aquella (entendida, al igual que por Ingold, como acumulación de datos, descripción o documentación) constituiría, en su opinión, una rémora o “camisa de fuerza epistemológica” para el desarrollo de la teoría antropológica, si bien él no parte de un argumento, al menos explícitamente, que “is set against the conceit things can be ‘theorised’ in isolation from what is going on in the world around us, and that the results of this theorising furnish hypotheses to be applied in the attempt to make sense of it” (Ingold 2013: 4). No cabe duda que *las cosas pueden ser teorizadas* del modo señalado por Ingold, pero cabe también presuponer que las teorías que se generan aisladas o al margen de *lo que está pasando en el mundo que nos rodea* más que proporcionarle sentido, lo que hacen es imponérselo o, visto desde otra perspectiva, se ensañan con los datos. Esta presunción es la que ha llevado a autores como Glasser y Strauss (1967) o Agar (2006), por ejemplo, a proponer la Grounded Theory o la lógica de investigación IRA (*iterative, recursive, abductive logic*), en el convencimiento de que sólo las teorías que se gestan en íntima y dialéctica relación con *lo que está pasando en el mundo que nos rodea* son las que pueden restituirle su sentido. Ocurre que, para uno y para otros, “conocer desde el interior” significa cosas distintas y, en consecuencia, entrañan formas de investigar también distintas, sin que el potencial de transformación (del investigador y del mundo) o el compromiso político (del primero con el segundo) sean monopolio de una sola de ellas.

Con todo, al menos en este último caso, caben otras alternativas a la observación que no son las entrevistas o los “interrogatorios” sobre el terreno, como es el caso, por ejemplo, de las autograbaciones o de las tareas visuales, que en nuestro equipo de investigación utilizamos para estudiar los procesos de socialización familiar en los que están involucrados los hijos/as de Madres Solteras por Elección y que tienen lugar en el espacio doméstico (Poveda, Jociles y Rivas 2014).

En conclusión

Desde mi punto de vista, identificar OP con interrogar a “informantes” **subvierte** por completo **la naturaleza de esta técnica**, invalidando sus potencialidades; **introduce sesgos**, con frecuencia irremediables, cuando se trata de conocer en qué consiste y cómo son las prácticas de los agentes sociales (y, de este modo, de conocer la “lógica práctica” –Bourdieu 1991– que caracteriza a los fenómenos sociales); y **obstaculiza que se puedan reconstruir los fenómenos sociales en su proceso mismo de producción** como tales, que constituye, sin embargo, el núcleo de la empresa investigadora de la mejor antropología social (y, probablemente también, de la mejor sociología). No está de más recordar a este respecto unas palabras de Malinowski, en la conocida introducción a *Los Argonautas del Pacífico Occidental*, con las que deja claro, ya en la década de los 20 del siglo pasado, que “los interrogatorios” no pueden suplir a la observación de los fenómenos sociales “en su plena realidad”:

Hay toda una serie de fenómenos de gran importancia que no pueden recogerse mediante interrogatorios, sino que tienen que ser observados en su plena realidad. Llamémosles los imponderables de la vida real. Aquí se engloban cosas como la rutina del trabajo diario de los individuos, los detalles del cuidado corporal, la forma de tomar los alimentos y de prepararlos, el tono de la conversación y la vida social en que se desarrolla alrededor de los fuegos de aldea, la existencia de fuertes amistades o enemistades y de corrientes de simpatía y antipatía entre la gente, la manera sutil pero inconfundible en que las vanidades y ambiciones personales se reflejan en el comportamiento del individuo y las reacciones emocionales de los que le rodean” (Malinowski 1973).

Bibliografía

AGAR, M. (2006), “An Ethnography By Any Other Name...”, *Forum: Qualitative Social Research*, 7 (4), art. 36.

ALONSO, Luis Enrique (1994) “Sujeto y discurso: el lugar de la entrevista abierta en las prácticas de la sociología cualitativa”, in Juan Manuel Delgado y Juan Gutiérrez (eds.), *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*, Madrid, Síntesis, pp. 225-255.

ARDÈVOL, E.; ESTALELLA, A.; DOMÍNGUEZ, D. (coords) (2008) *La mediación tecnológica en la práctica etnográfica*, ANKULEGI antropologia elkarte.

BACHELAR, G. (1989) *Epistemología*, Barcelona, Anagrama.

BERNARD, H. Russell (1994) “Participant Observation”, in *Research methods in anthropology: qualitative and quantitative approaches* (2ª edición), Walnut Creek, CA, AltaMira Pres, pp. 342-386.

BLANCHET, A. (1989) “Entrevistas”, in A. Blanchet at al (eds.), *Técnicas de investigación en ciencias Sociales*, Madrid: Marova, pp. 87-130.

BLANCO, M. (2012) “Autoetnografía: una forma narrativa de generación de conocimientos”, *Andamios. Revista de Investigación Social* 9 (19), pp. 49-74.

BOURDIEU, Pierre (1991) *El sentido práctico*, Barcelona, Taurus.

CALLEJO, Javier (2001) *El grupo de discusión: introducción a una práctica de investigación*, Barcelona, Ariel.

CALLEJO, Javier (2002) “Observación, entrevista y grupo de discusión: el silencio de tres prácticas de investigación”, *Revista Española de Salud Pública* 76(5), pp. 409-422.

CANALES M, PEINADO A. (1999) “Grupos de discusión”, in Juan Manuel Delgado y Juan Gutiérrez (eds.), *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*, Madrid: Síntesis, pp. 287-316.

COLOBRANS, J. (2014) “Tecnoantropología y Etnografía Rápida”. Web localizable en: <http://livinglabing.com/?p=594>

DEWALT, Kathleen M.; DEWALT, Billie R. (1998) “Participant observation”, in H. Russell Bernard (ed.), *Handbook of methods in cultural anthropology*, Walnut Creek: AltaMira Press, pp. 259-300.

ELLIS, C. Y BOCHNER, A. (eds.) (1996), *Composing Ethnography: Alternative Forms of Qualitative Writing*, Walnut Creek, California: Altamira Press.

ELLIS, C. Y BOCHNER, A. (2003) “Autoethnography, Personal Narrative, Reflexivity. Researcher as Subject”, in N. Denzin y Y. Lincoln (eds), *Collecting and Interpreting Qualitative Materials*, Thousand Oaks, California: Sage.

GLASER, B.; STRAUSS, A. (1967) *The discovery of grounded theory: strategies for qualitative research*, New York: Aldine de Gruyter.

GUBA, Egon G. (1989 [1981]) “Criterios de credibilidad en la investigación naturalística”, in José Gimeno Sacristán y Ángel Pérez Gómez, *La enseñanza: su teoría y su práctica*, Madrid: Akal, pp. 148-165.

HAMMERSELY, Martyn; ATKINSON, Paul (1994, 1ª edición; 2001, 2ª edición) *Etnografía. Métodos de investigación*, Barcelona: Paidós.

HINE, C. (2004). *Etnografía Virtual*. Barcelona: Editorial UOC.

IBÁÑEZ, Jesús (1979) *Más allá de la sociología*, Madrid: Siglo XXI.

JOCILES, María Isabel (1999) “Las técnicas de investigación en antropología. Mirada antropológica y proceso etnográfico”, *Gazeta de Antropología* 15, art. 1.

JOCILES, María Isabel (1997) “Nigel Barley y la investigación etnográfica”, *Política y Sociedad* 24, pp. 97-120.

JOCILES, María Isabel (1999) “Observación participante y distancia antropológica”, *R.D.T.P.* 54 (2), pp. 5-58.

JOCILES, María Isabel y DEVILLARD, María Jose (drs.); MARTÍNEZ, Paula; ORTIZ, Manuel y GÓMEZ-ULLATE, Martin (invest.) (2002) *Prácticas de Antropología Social: Material Didáctico para trabajar la Observación Etnográfica y el Diario de Campo*. Texto inédito.

KAWULICH, Barbara B. (2006) “La observación participante como método de recolección de datos”, *Forum Qualitative Sozialforschung / Forum: Qualitative Social Research* [on-line journal], 6 (2), Art. 43, <http://nbn-resolving.de/urn:nbn:de:0114-fqs0502430>.

INGOLD, Tim (2013) “Knowing from the inside”, in *Making. Anthropology, Archaeology, Art and Architecture*, Oxon, Routledge.

LAHIRE, Bernard (2008) “Un sociólogo en el aula: objetos en juego y modalidades”, in María Isabel Jociles y Adela Franzé, *¿Es la escuela el problema? Perspectivas socio-antropológicas de etnografía y educación*, Madrid, Trotta, pp. 49-60.

LADNER, S. (2014) *Practical Ethnography: A Guide to Doing Ethnography in the Private Sector*, Left Coast Pr Inc.

LINCOLN, Yvonna S.; GUBA, Egon G. (1985) *Naturalistic inquiry*, Beverly Hills, CA, Sage.

LLOBERA, Josep Ramón (1990) *La identidad de la antropología*, Barcelona, Anagrama.

MALINOWSKI, Bronislaw (1973) *Los Argonautas del Pacífico Occidental*, Barcelona, Península.

MASSONAT, A (1989): “Observar”, in Blanchet, A., Ghiglione R., Massonat J. y Trognon A., *Técnicas de investigación en ciencias sociales. Datos, observación, entrevista, cuestionario*, Madrid: Narcea, pp. 27-86.

MENDIZÁBAL, Nora (2006) “Los componentes del diseño flexible en la investigación cualitativa”, in Irene Vasilachis (coord.), *Estrategias de investigación cualitativa*, Barcelona, Gedisa.

MULKAY, M.; GILBERT, G. N. (1982): “What is the Ultimate Question? Some Remarks in Defence of the Analysis of Scientific Discourse”, *Social Studies of Science* 12, pp. 309-319.

PENN HANDWERKER, W. (2001) *Quick Ethnography: A Guide to Rapid Multi-Method Research*, Altamira Press.

POVEDA, D.; JOCILES, M.I.; RIVAS, A.M. (2014) “Socialization into single-parent-by-choice family life”, *Journal of Sociolinguistics* 18 (3), pp. 319–344.

RUIZ OLABUÉNAGA, J.I.; ISPIZUA, M.A. (1989) *La descodificación de la vida cotidiana. Métodos de investigación cualitativa*, Bilbao, Universidad de Deusto.

SPRADLEY, James P. (1980) *Participant observation*, New York, Holt, Rinehart and Winston.

STOCKING, George W. (1993, orig. 1983) “La magia del etnógrafo. El trabajo de campo en la antropología británica desde Tylor a Malinowski”, in H. Velasco, F.J. García y A. Díaz de Rada (eds.), *Lecturas de antropología para educadores. El ámbito de la antropología de la educación y de la etnografía escolar*, Madrid, Trotta, pp. 43-93.

TAYLOR, S.J.; BODGAN, R. (1992) “La observación participante en el campo”, in *Introducción a los métodos cualitativos de investigación. La búsqueda de significados*, Barcelona: Paidós Ibérica.

THIBAUD, J.-P. (2001) “La méthode des parcours commentés”, in M. Grosjean and J.-P. Thibaud (eds), *L'espace urbain en méthodes*, Marseille, Ed. Parenthèses, pp. 79-99.

VALLES, Miguel (2009). *Entrevistas Cualitativas*, Madrid, CIS.

© Copyright María Isabel Jociles Rubio, 2016

© Copyright *Quaderns-e de l'ICA*, 2016

Ficha bibliográfica:

JOCILES RUBIO, María Isabel (2016), “La observación participante: ¿consiste en hablar con “informantes”?”, *Quaderns-E de l'Institut Català d'Antropologia*, 21(1), Barcelona: ICA, pp 113-124. [ISSN 169-8298].

